

Argentina

DIRECTOR CÓRDOVA ITURBURU
ADM. RICARDO M. SETARO
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
BUSTAMANTE 2310 - 4º. A.

periódico de arte y crítica

BUENOS AIRES

Año 1

Agosto 1931

N.º 3

NÚMERO SUELTO 20 CENTAVOS
SUSCRIPCIÓN A DIEZ
NÚMEROS DOS PESOS M/N.
NÚMERO ATRASADO 40 CENT.

LA BANDERA EN EL PALO MAYOR

"No hay nada más penoso que el hablar de sí mismo. No hay cosa más alegre que el quererse. Todo pasa y hasta después de la tristeza florece con increíble pujanza, la alegría. Todas las primaveras brota la hierba nueva; todos los otoños las cigüeñas emigran hacia Egipto". — *Vsevolod Ivanov*. ("Campesinos y bandidos").

I

El niño apretaba una escopeta de juguete entre sus tiernos brazos.

La mariposa vuela y no sabe que vuela.

Movió el dedo índice y, como flecha, partió el proyectil: un palillo con una goma.

El barco navega y no sabe que navega.

Pero el barro de la calle se tragó el proyectil e inútilmente lo buscó el niño e inútilmente aguardó dos días a que el barro endureciera.

La campana suena y no sabe que suena.

El joven apretaba un libro entre sus manos afiebradas y despiertas.

El ómnibus corre y no sabe que corre.

Un muchacho le extiende el reclame rosado de la adivina. En las vidrieras alternan embudidos y sombreros, tuercas y enlosados, corbatas y mermeladas.

El joven abandona el libro pensando que la vida es tal como Leibnitz la pintaba. Pero no pudo casarse. Jamás encontró suficiente su paga. Todas las noches devolvía la sopa, por insípida.

La grúa trabaja y no sabe que trabaja.

El hombre bajo el reverbero lía su último cigarrillo. Las suelas de sus zapatos hacen chas-chas cuando el hombre camina. El hombre atraviesa una plaza. El hombre atraviesa un bosquecillo. El hombre atraviesa una aldea. El hombre atraviesa un río. El hombre está detenido ahora en el mismo lugar en donde el niño extraviara el proyectil. El hombre no recuerda al niño. Entonces viene el viento y mueve el gallo de la veleta. Viene el viento y se lleva una paloma. Viene el viento y cae una hoja de polvo dorado. El hombre retorna.

La rana canta y no sabe que canta.

El hombre atraviesa la planchada. El mar se extiende ante sus ojos.

El barco parte y no sabe que parte.

—¡Adiós! ¡Adiós!

Veremos países; cementerios abandonados; alegres parques; sórdidas viviendas; mujeres enlutadas; felices colegiales; usinas ahumadas y túneles y visillos y pasadizos y letreros relucientes.

El hombre muere y no sabe que muere.

"...mas las verdaderas aventuras, me decía yo, no llegan a esos que se quedan en sus casas; es necesario ir a buscarlas afuera". — *James Joyce*. ("Gentes de Dublin").

II

Mañana escribiré un hermoso capítulo, "La sobremesa del Legionario" y hablaré del allanamiento de un fumadero de opio, en Méjico, y de un salvaje americano que por diez dólares arrojaba a los chinos al mar, prometiéndoles antes llevarlos hasta San Francisco.

Una vez, en el pueblo de Chilecito, estaban los dos amigos encerrados en el cuarto de la casa sombría y solitaria, destaralada y hermosa, al pie de la montaña. Los perros arañaban la puerta y a través de los cristales se veía danzar fuegos fatuos y hasta ellos llegaba un rumor de cascada, de piedras que caen, de ánimas en pena y músicas vagabundas.

—Todo está bien cerrado — dijo el uno — nadie entrará.

Pero el otro, acercándose a su oído, murmuró: —El enemigo está adentro...

Ambos, asustados, abandonaron la casa y echaron a correr, hasta la iglesia del pueblo. Allí penetraron y se arrodillaron. Ninguno era verdaderamente creyente pero Dios, en su inmensa generosidad, los cobijó a los dos.

Tres horas antes habían bebido un litro de whisky y habían aspirado tres cigarrillos de marihuana.

Otra vez, yo solo, fui abandonado por un tren en medio de un campo desconocido. Un campesino me llevó a la granja y, en pago, enamoré a la hija del granjero. Más tarde, en un restaurant de Chartres, pusieron sobre mi mesa una garrafa de vino Borgoña y un trozo de queso. El sabor del queso y del vino me trajo inmediatamente a la memoria aquel grato recuerdo.

Pienso que después fui amigo, sucesivamente, de un vendedor de globos, de un prestidigitador, de un deshollinador, de un masón y de un gramático. Y amante de una costurera, de una prostituta, de una mucama, de una condesa y de una feminista.

Soy joven, es cierto.

—No puede negarse que, a pesar de todo, tiene una agradable conversación — decían de mí en una pensión de familia.

Y no sabían que mi corazón estaba seco, seco. Y que, por la noche, me ahogaba el recuerdo de los tiempos felices que pasaron y que tal vez ya no vuelvan jamás.

Los tiempos que pasaron vuelven y el hombre no sabe que vuelven.

III

"Una noche, yo entré al salón del fondo, donde el cura había estado muerto. Era una noche sombría y lluviosa y no se oía ningún ruido en la casa". — *James Joyce*. ("Arabia").

En la otra habitación está la muerte.

Traigo en la cinta de mi sombrero el polvo de muchos caminos. Síntesis suprema de mi andanza hacia su amor.

La mujer asoma su cabellera rubia junto al teclado amarillento del piano, en donde han envejecido las sonatas. Está rodeada de pergaminos, de ilustres vejees. Los ojos de los seres fijados en los óleos, rígidos como en la muerte, la siguen a través del cuarto. Qué sola, la casa. Ella parece atada a la casa por el hilo sutil de muchos familiares decesos y en la capillita de la mansión arrodíllanse las sombras, llenas de olor a cirios, a vestiduras fúnebres y a humedad de bóveda.

En la otra habitación está la muerte.

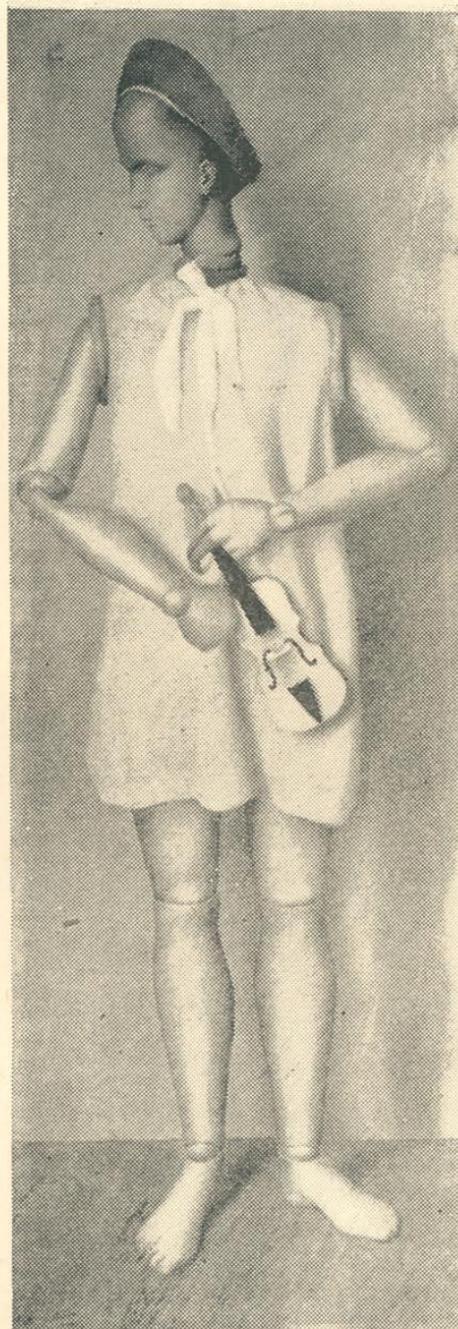
Muy cerca, el fraile con la mula y la linterna.

El mayordomo hojea un antiguo grimorio.

Las horas cueplan todos los colores del día por entre los cortinados. Es ya la noche ahora y hueve. En la taberna dos hombres se dan de trompadas; en la casa vecina arde una vela frente a un traje de soldado; en el prostíbulo, la ramera cuelga el retrato de Clive Broock; en la cárcel van a fusilar a un hombre; en la ciudad la multitud atropella los compartimentos de los trenes y los subterráneos; el agua choca contra las rocas en algún lugar del mundo; en otro se oye la música sorda de las alcantarillas; y la rosa roja del rencor florece en todos los rincones de la tierra y los hombres ríen y los hombres lloran y los hombres recuerdan y los hombres olvidan.

En la otra habitación está la muerte.

La joven rubia vendrá conmigo y ahora rompe los hilos sutiles que la unen a la vieja casa solitaria. Yo vine a buscarla desde lejos y ella me ama. Tres caminos se abren ante nosotros y en cual-



EL MANIQUI GOMEZ CORNET
ARGENTINO CONTEMPORANEO

quiera de los tres aguarda nuestro destino.

—¡Adiós! ¡Adiós!

La casa está sola, la lluvia que cae, el viento que grita. ¡Adiós! ¡Adiós!

La muerte se viene detrás de nosotros. En cada uno de nosotros siempre está la muerte.

RAUL GONZALEZ TUÑON

En este número colaboran Jorge Luis Borges, Brandán Caraffa, Córdoba Iturburu, Leonardo Estarico, Nicolas Olivari, María Rosa Oliver, Ulyses Petit de Murat, Pondal Rios, Raúl Rivero Olazabal, Luis Saslavski, Ricardo Setaro y Emilio Villalba Welsh.